

VI

Al día siguiente, y cuando don Dámaso se entregaba en manos del barbero, á fin de que le *adecentase* para ir á ver lo que se le ofrecía á la Marquesa, entró ésta acompañada de la generala.

Rosario había vuelto ya de sus compras de lienzo, encajes y todo aquello que juzgó que ella y Casilda podían necesitar.

Las dos damas eran el tipo exquisito y encantador de la mujer del gran mundo: la Marquesa era joven, bella y elegante; la generala presentaba toda la nobleza delicada de la ancianidad bondadosa y respetable.

Era poco más de la una; pero Rosario, que no quería que su padre fuese á casa de su madrina, sino que ésta viniese á la suya, le entretuvo y le hizo quedarse en la cama hasta muy tarde, bajo el pretexto de que estaba muy constipado.

Cuando supo que estaban allí la Marquesa y la generala, se escondió en su cuarto mientras exponían su petición.

—Señor Maroto—dijo la Marquesa,—mi amiga la señora generala de Molina viene á pedir á usted una cosa.

—Señora—exclamó el buen labrador,—¡será posible que yo pueda hacer algo por usted! ¡Seré tan dichoso!

—Sí, caballero—interrumpió la señora:—vengo á pedir á usted la felicidad de mi hijo único, con la mano de su hija la señorita Rosario.

—¡Pero, señora, yo no sé... yo nada sabía de esto! Si ella quiere..

—Ella amá á mi hijo, señor Maroto.

—En ese caso...

—Pero mi hijo es pobre: su carrera y su habilidad de pintor le dan pocas utilidades; al paso que la señorita, su hija, es rica.

—¿Y eso qué tiene que ver, señora? Ella es rica, no hay que negarlo; mas, por lo mismo, no necesita serlo él: que la quiera y que la haga feliz, y nada más pido. ¿Pero ella sabe?...

—Ella está en relaciones hace dos meses con el hijo de mi amiga—dijo la Marquesa.—Llámela usted, amigo mío, para que diga su parecer y para que tengamos el gusto de abrazarla.

El señor Maroto salió en busca de su hija, pues tan aturdido se hallaba, que ni se le ocurrió tirar del cordón de la campanilla.

—¡Qué buen hombre me parece!—dijo la generala.

—Es la flor y nata de los hombres de bien,—repuso la Marquesa.

Don Dámaso se presentó con su hija, que llegaba colorada como una manzana.

La generala la tomó de la mano, la acercó á ella y la abrazó con ternura.

—Señorita—le dijo,—he tenido el honor de pedir á su padre de usted la mano para mi hijo, y él ha tenido la bondad de concedérmela. ¿Es usted gustosa en ello?

—Señora—respondió Rosario con su indisputable buen sentido,—siempre me ha contentado mucho todo lo que ha hecho mi padre; pero en esta ocasión, sobre todo, le estoy agradecida.

—Pero, hija, ¡si soy yo quien debe darte gracias á tí!—observó don Dámaso.—Estaba yo pidiendo á Dios cada día y cada noche que te casaras.

—¿Tiene usted alguna observación que hacer, querida Rosario?—preguntó la generala.

—Una sola, señora—respondió Rosario:—que no quiero separarme de mi padre. Si Pepe no se opone á que vivamos á su lado, me casaré con él; si no, no.

—Pepe cuenta con eso, así como con no separarse tampoco de su madre—dijo la Marquesa.—Queréndote tanto, ¿cómo te había de separar de don Dámaso?

—Además—repuso Rosario,—en tanto que mi padre viva, él es el dueño de todo: yo soy tan pobre como Pepe; ni mi dote tomaré, y él será el que disponga, como hasta hoy, de su casa y de su hacienda.

—Ese modo de pensar te honra mucho, mi Rosario—exclamó la Marquesa;—y mi amiga, lo

mismo que su hijo, son dignos de apreciarlo. ¿Pero qué tiene usted, don Dámaso? ¿Por qué llora de ese modo? ¿Acaso siente ahora que su hija se case?

—¡Yo, señora!—exclamó el buen hombre, que, en efecto, se ahogaba en llanto;—¡yo sentirlo!... Si estoy deseando que se case; si ya me parecía que no había de verla nunca colocada. No, señora, no; no lloro por eso, ni usted tampoco lo crea, señora generala... Lloro de alegría al ver que tengo una hija tan buena, que me quiere tanto. ¡Ah! ¡que no viviera su madre para oírla!...

Este pensamiento era el que se le ocurría á don Dámaso siempre que tenía alguna alegría. Cuando experimentaba alguno de los ligeros dolores que tan pocas veces empañaron su vida feliz, se le oía murmurar:

—Hizo bien aquella santa en irse al cielo.

Pero cuando sentía alguna dicha, decía siempre:

—¡Que no viviese mi pobre mujer!

De esta suerte, en aquella alma honrada y amante, no se aposentaba jamás un sentimiento fuerte y enérgico que no fuera dividido con la memoria de la que había sido compañera de su vida.

—Pero—prosiguió hablando con la Marquesa—si no la tenemos al lado para que oiga á su hija, ella se alegrará en el cielo y bendecirá á Dios y á Rosario.

Don Dámaso abrazó á la joven dichas estas palabras, y las lágrimas, que rasgaban su rostro ve-

nerable, dejaron sus huellas sobre las blancas mejillas y la pura frente de Rosario.

¡Dichosos los hijos que hacen llorar á sus padres de alegría!

—Padre—dijo Rosario dominando su emoción,—yo no sé por qué extraña usted que haga lo que toda hija haría en mi lugar. Juntos quiero que vivamos. Si me pusiera por condición el separarme de usted, ni con un rey me casaría. Y viviendo así, ¿por qué ha de descabalar usted la hacienda ni hacer partes de ella? Vamos, sosiéguese usted y no demos mal rato á estas señoras.

Rosario se expresaba siempre con esta gravedad y mesura. Si en ella había poca dulzura y menos cordialidad, tampoco caía en franquezas ó libertades inconvenientes en el trato, y que son tan frecuentes en las jóvenes de su edad que, habiendo salido de la primera juventud, creen que tienen derecho para tratar con llaneza á todas sus amigas y aun á todos sus amigos.

Las dos señoras se despidieron y se marcharon contentas del resultado de su embajada.

—Es un poco brusca—dijo la Marquesa á su amiga;—pero la dulzura del carácter de usted y su distinguido trato la suavizarán.

—Es altiva, buena, honrada—respondió la generala:—esto me basta, y lo prefiero mil veces á la melosa hipocresía, al fingimiento y coqueterías de casi todas las jóvenes que conozco.

Rosario salió á dar un paseo por el sol con su

padre, deseosa de distraerle y ansiosa de respirar el aire libre del campo.

Aquella misma noche decía Casilda á su novio en el comedor y á presencia de don Dámaso:

—Mira, el señor y la señorita desean que nos casemos de aquí á tres semanas: el mismo día que la señorita.

—Está muy bien, mi amo,—dijo Paco mirando al anciano.

—Ya estoy arreglando el sotabanco para nosotros—añadió Casilda.—El casero ha despedido al zapatero borracho que vivía en él, porque el amo le da cinco reales, un real más diario, para que le vivamos nosotros.

—¡Cómo! ¿lo paga el amo?

—Sí: ya ves si es favor.

—¿Quieres callar, chica?—exclamó don Dámaso.—¡Qué favor *ni qué carga de agua!* ¿No he de hacer algo por tí si te quiero poco menos que á mi hija? Además, así estaremos á la vista de lo que ese mala cabeza hace contigo.

Estremeciése Casilda al oír estas palabras, y por algunos minutos el color huyó de su lindo rostro; pero dominando su emoción, hizo como que no había oído á su amo, y dijo á su novio:

—Todos los días salgo con la señorita, que me está poniendo el cuarto como una maceta de flores.

—Hay gentes que nacen de pies,—murmuró la cocinera con envidia al oído del criado.

—¿De pies? ¡Ya verás qué vida le da! ¡Que no conozco yo al andaluz! Es capaz de jugarse las pestañas, y capaz de beberse una cuba cada día.

Casilda oyó estas palabras, y el color volvió á huir de sus mejillas. Temblaba ante la idea de que su amo pudiera oirlas, y sabía que se decían con este solo objeto; pero don Dámaso no las oyó y siguió hablando tranquilamente con los novios.

Mientras tanto, y en la tertulia de la joven y la encantadora Marquesa del Puerto, Pepe y Rosario, un tanto retirados de la gran concurrencia que había aquella noche en el salón, hablaban también de su felicidad futura.

—¿Con que no quieres dejar el usted?—preguntaba el novio tiernamente quejoso.

—¿Qué más da? Hasta salir de la iglesia no somos marido y mujer,—respondió ella.

—¡Qué rígida eres!

—Lugareña y basta, nunca entraré en ciertas elegancias de por acá.

—¿No lo quieres hacer por darme esa prueba de cariño?

—Si es por eso, sea. Dejaré el usted y te hablaré de tú.

—¡Qué buena eres, mi Rosariol! Gracias por tu condescendencia. Dime, ¿cuando estemos casados querrás vestir con algo más de lujo que ahora?

—¡Nol Basta la decencia. ¿No te he gustado así?

—Pero yo quiero que digan al vernos pasar:—
¡Qué elegante va la mujer de Pepe Molinal

—Vanidad y nada más que vanidad.

—Es una vanidad bien inocente. ¿No te ha hecho el cielo hermosa? ¿Por qué no has de cuidar de tu belleza?

—¿Y la destruyo, dado caso que exista, vistiendo con modestia y economía?

—A lo menos, no brilla lo que debiera; además, así que estemos casados, saldrás más de casa; nos abonaremos á algún teatro, y recibiremos una vez á la semana.

—¡Qué disparates! No lo esperes.

—¿Por qué?

—Yo estoy en casa mejor que en ninguna parte; y además, *la casada la pierna quebrada y en casa.*

—¡Qué antiguallas!

—Lo serán; pero así me han criado. Este es mi genio, y ya sabes: *genio y figura hasta la sepultura.*

—Bien: no saldrás de día más que cuando lo apetezcas; pero ¿y en cuanto á mis proyectos de noche?

—Un abono es un gasto muy crecido y muy tonto: cuando alguna función nos agrade, tomaremos billetes.

—Yo quisiera abono para que tuvieses la precisión de ir: nunca te vendrá bien que tomemos los billetes.

—Ya veras cómo sí.

—Estoy seguro de que no; pero ¿y recibir un día á la semana, no querrás?

—¿Para echar á perder nuestros hermosos muebles y nuestra alfombra, que es magnífica? Cuando llueve vienen las gentes mojadas, y adiós damascos y tapicerías.

—Se renuevan.

—Vale más no echarlos á perder; además, ¿sabes lo que sucede cuando se recibe? Que los que vienen á divertirse se burlan de uno y le critican después que se van.

—¿Y no hemos de gozar de la sociedad por temor á la crítica?

—¡Pero si los que disfrutan y se divierten son los de fúer! Para los de casa es lo peor.

—¿Y no has de lucir tu habilidad en el piano?

—La luciré contigo y con nuestros padres, y para vosotros la perfeccionaré.

Esta tierna respuesta hizo enmudecer á Pepe, que estrechó á hurtadillas la linda mano de su novia.

—Teniendo piano—prosiguió ésta,—se nos llenará la casa de pollos y pollas con la esperanza de bailar; nos estropearán el estrado, si lo consentimos; nos romperán la alfombra; luego habrá que darles té, porque, como dice mi madrina, en ninguna parte se recibe ya á palo seco; ¿y sabes lo que cuesta un té y sus adherentes? Lo menos trescientos reales, y no quedaremos con lucimiento.

—Casi me convences,—murmuró Pepe.

—Luego empiezan los chismes, y las visitas, y el recibir á las gentes que creen que deben venir

á hacer el cumplido de día, porque de noche vienen á divertirse; es decir, que el que tiene tertulia un día á la semana se sacrifica todo el resto de ella.

—Bien, no recibiremos—dijo Pepe, cuyo carácter era muy dócil y muy complaciente;—pero lo del teatro me lo has de conceder. Espero convencerte de que no es bueno aislarse del todo, y de que la sociedad, si da alguna pequeña incomodidad, proporciona también algunos ratos agradables.

—Yo espero convencerte—repuso Rosario,—de que la sociedad exige mucho y da muy poco. Apenas la he frecuentado; pero no lo deseo, porque tengo mala idea de ella: creo que de tantas personas como vienen á esta casa dos noches á la semana y todos los días, si hubiera en ella una enfermedad ó una desgracia cualquiera, sólo quedaríamos, para consolar y hacer compañía á la Marquesa, nosotros y nuestros padres. Créelo, Pepe, y no te sacrifiques por esa sociedad, compuesto ruín de necios, de egoístas y de ingratos.

VII

Tres semanas después, y un lunes por la noche, se casaron Pepe y Rosario, Paco y Casilda.

Acabada la boda de los primeros, tuvo lugar la de los segundos.

La Marquesa fué la madrina del casamiento de su ahijada, y don Dámaso el padrino.

Después Rosario y su marido sostuvieron el yugo de seda sobre las jóvenes y alegres cabezas de Casilda y de Paco.

Terminada la ceremonia, fueron todos á casa de la Marquesa, que, con el pretexto de enseñar á Rosario unos encajes, la llevó á su gabinete y le habló gravemente.

—Hija mía—le dijo,—es preciso que escuches algunos consejos que voy á darte, y que estoy cierta te hubiera dado también la excelente señora que te llevó en su seno y que ya está en el cielo.

Escúchame: si quieres ser dichosa, modera tu severidad, en la vida doméstica sobre todo, y también en la vida social.

Tú eres buena, eres casi una santa; estás dotada de mil bellas cualidades; tienes talento y un